

# CAPÍTULO 3

## Sociedades e identidades culturales en América Latina

*Florencia Moscoso*

*La interpretación de nuestra realidad [latinoamericana] con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios.*

Gabriel García Márquez, LA SOLEDAD DE AMÉRICA LATINA

El presente capítulo tiene por objetivo introducir los aspectos identitarios, culturales y de población en América Latina. Para ello se comienza por definir qué es la cultura, para luego describir una serie de etapas histórico-culturales que dan cuenta de la construcción identitaria de la población latinoamericana. De igual manera, se realiza una breve reflexión acerca de la inserción de la cultura en relación a la modernidad y su materialización dentro del territorio de estudio. Finalmente, se exponen y desarrollan algunos debates en torno a la vinculación del turismo con la esfera cultural y los impactos que este fenómeno conlleva, desde la ‘exotización’ y la pérdida de autenticidad de las identidades latinoamericanas hasta la conformación de imaginarios estereotipados.

Analizar el significado de América Latina puede resultar un tanto problemático. Si bien constituye una denominación aceptada y utilizada internacionalmente, plantea complejidad abordar su definición. En pocas palabras, el concepto de América Latina o Latinoamérica surge en contraposición al de América Anglosajona. Pero, desde ya, no es una realidad trasladable a Canadá, que geográficamente es parte de la denominada “América Anglosajona”, pero histórica y culturalmente, desde su proceso de ocupación colonial, esencialmente en la región del Quebec, de habla francófona, está presente su raíz Latina. Es por ello que esta denominación abarca a ese país localizado en América del Norte.

Ahora bien, dicho esto, en la actualidad no cabe duda que las diferencias principales radican en torno a lo cultural, lo económico y lo social. Así, América Latina hace referencia a los países en vías de desarrollo, productores y exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados por parte de los países centrales. Del mismo modo, los países enmarcados en esta región latinoamericana presentan la característica común de haber sido colonias europeas. Vinculado a este último aspecto surge la acepción de Hispanoamérica e Iberoamérica. La

primera tiene por objetivo designar a aquellas ex-colonias de habla hispana, es decir, pertenecientes al imperio español, mientras que Iberoamérica incluye el componente lusófono, es decir la integración de las colonias vinculadas al imperio Portugués (ver Figura 1).



Figura 1: Localización de las representaciones conceptuales de las diversas denominaciones sobre la región

Fuente: <https://qph.fs.quoracdn.net/main-qimg-a02e5862c5b7a102d5aa05675b313d51>

## Identidad cultural en América Latina

La cultura hace referencia al conjunto de creencias, valores, normas sociales, estilos de vida y organización social de una sociedad determinada. A ello se debe la diversidad e idiosincrasia de las comunidades que habitan América Latina. A partir de los elementos culturales cada grupo humano configura su identidad, aquellos que lo une y los diferencia de otros grupos (Fuller, 2009). Es sobre el territorio que una sociedad despliega sus tradiciones y formas de organización. Un territorio material y simbólico compartido y apropiado por una comunidad.

A diferencia del patrimonio cultural, el concepto de cultura es mucho más amplio ya que abarca los saberes, formas de vida, hábitos y costumbres de un grupo; mientras que el patrimonio cultural abarca el acervo de bienes tangibles e intangibles que se construyen desde el pasado y que representan los aspectos de una cultura particular.

En el caso de América Latina, su identificación cultural se construyó a través de un largo proceso histórico que tuvo como resultado la presencia de una gran diversidad. En palabras de Canclini, “por eso hablamos, más que de una identidad común latinoamericana, de un espacio cultural muy heterogéneo” (2002, p. 68). De esta manera, la construcción identitaria de Latinoamérica tiene su marco en la unión de culturas indígenas, africanas, y europeas. Si bien, se pueden distinguir una serie de hitos históricos que dan cuenta de esta constitución cultural, hoy en día, la cultura latinoamericana no es un proceso concluido, sino que se encuentra en continuo cambio y transformación, adaptándose y redefiniéndose en un contexto multiescalar (local, regional, global).

A modo de delimitar algunas “secuencias histórico-culturales” (Ribeiro, 1969, p. 33) en la construcción identitaria de América Latina, Larraín (1994) propone una serie de etapas donde se puede visibilizar una cierta configuración cultural. El autor destaca que, si bien son períodos que pueden parecer precisos, no necesariamente tienen lugar en la misma época y tampoco se materializan del mismo modo a lo largo y ancho de Latinoamérica. De igual manera, la implantación de una idea de cómo tiene que ser la cultura de los latinoamericanos, no siempre fue reconocida por todos los grupos sociales del territorio. La idea radica en destacar acontecimientos y hechos de importancia en la construcción cultural. Las etapas son las siguientes: (1) colonización; (2) independentista, de descolonización y de constitución de estados nacionales; (3) contexto entre las dos guerras mundiales; (4) etapa posterior a la segunda guerra mundial, a partir de los años 70.

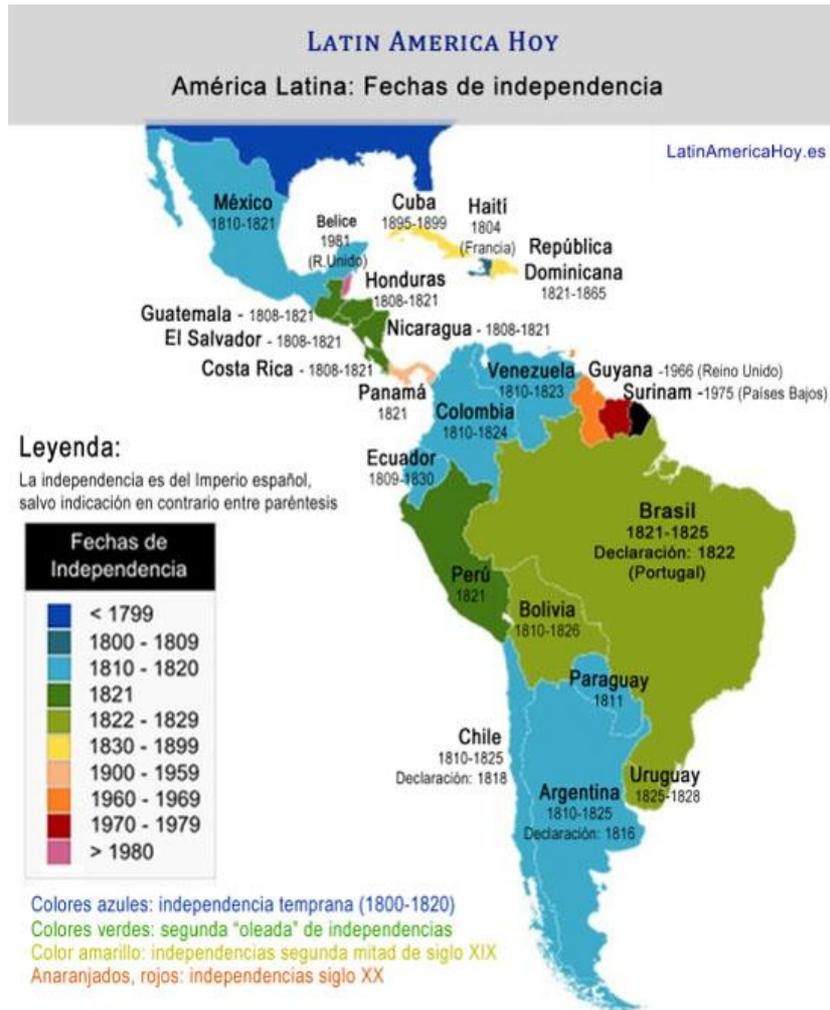
La primera etapa que identifica Larraín (1994), es la de la **colonización** (ver imagen nro. 1). La cultura europea que se expande a partir de la conquista se encuentra anclada a valores religiosos y morales, que entienden a lo diferente como lo abominable. Es por eso, que el primer encuentro entre colonizadores y comunidades indígenas estuvo influido por la religión católica, marco que justificó la dominación, esclavitud, el racismo y la inquisición. Como resultado de este proceso de conquista, los pueblos precolombinos padecieron “una violenta transformación de sus modos de ser y de vivir” (Ribeiro, 1969, p. 71). Desde una mirada profundamente eurocéntrica, las culturas originarias eran vistas como inferiores, no como “sujetos iguales” sino “a medio camino entre seres humanos y animales” (Larraín, 1994, p. 37). Esto conllevó la necesidad de articular una organización social, en la cual estos pueblos debían aceptar la autoridad del rey y adoptar la religión católica. Frente a la incursión de la colonización, se quiebra con el tejido social y cultural de los pueblos originarios, quienes, en algunos casos, por medio de rituales católicos y figuras religiosas, intentan cubrir sus propias tradiciones, ritos y costumbres, provocando una conversión no absoluta al catolicismo. Este rasgo sincrético, de mistura entre dos formas culturales, ha sobrevivido hasta el día de hoy. Por ejemplo, en el caso de Perú, sobre todo en centros históricos de Lima y Cusco, muchos templos religiosos se erigieron sobre estructuras rituales incaicas; asimismo, muchos de los símbolos e imágenes religiosas dentro de estos templos presentan rasgos culturales de pueblos originarios.



Imagen 1: La conquista de América

Fuente: <http://iris.cnice.mecd.es/kairos/>

La segunda etapa es la **independentista, de descolonización y de constitución de los estados nacionales** (ver imagen nro. 2). Bajo el fundamento de la ilustración, el pensamiento racional y de una política liberal, se construye un nuevo esquema cultural. Por su parte la liberación se apartaba del pensamiento religioso que caracterizó al periodo colonial. De igual manera, este contexto permitió la eliminación de la esclavitud en muchas naciones latinoamericanas, sobre todo las que se encontraban en el Caribe. Sin embargo, el racismo siguió configurando la cultura. La racionalidad fue uno de los aspectos imperantes en esta etapa, bajo el lema de 'orden y progreso' se buscó implementar patrones culturales y estilos de vida de las poblaciones europeas y norteamericanas, suprimiendo las culturas mestizas, mulatos, afrodescendientes y nativos. En palabras de Larraín "América Latina tenía que ser civilizada y sus rasgos culturales atrasados y bárbaros erradicados" (1994, p. 41). Con este fin, muchas naciones se volcaron a implementar políticas de inmigración fomentando la llegada de miles de inmigrantes provenientes de latitudes europeas que llegaban a América Latina en busca de nuevas oportunidades y calidad de vida. Tales son los casos de Argentina y Uruguay, cuyos gobiernos defendían la afluencia europea a fin de mejorar la raza y lograr un mayor progreso dentro de la modernidad. De igual manera, en la construcción de las naciones y de sus símbolos de soberanía, muchos grupos sociales fueron excluidos, no había lugar para lo afro, para lo indígena, para lo subalterno.



**Imagen 2: Independencias en América Latina**

*Fuente: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*

En lo que respecta a la **tercera etapa**, se puede ubicar entre **1914 y 1930**, en el contexto histórico de la **Primera Guerra Mundial** y la **crisis económica de los años 30**. Durante estos años se construye un enfoque romántico que realza los valores de los pueblos originarios. Se entiende a las antiguas civilizaciones Mayas e Incas como sociedades modelos que permiten organizar las sociedades contemporáneas, en contraposición a la cultura europea.

**Es a partir de los años 70**, frente a la emergencia de golpes militares que terminaban por desplazar los gobiernos populistas, que asisten a una nueva etapa de reconstrucción identitaria. Junto con la decadencia del proceso de industrialización y la expansión de la pobreza a causa de una modernidad tardía replanteo la pregunta “acerca de la verdadera identidad latinoamericana y de la naturaleza de las teorías que habían inducido esos sueños.” (Larraín, 1994, p. 48). Comienza un cuestionamiento a las ideas y modelos europeo-occidentales, ya que pasan a ser contemplados como soluciones poco efectivas en un contexto tan convulsionado como el que estaba atravesando América Latina. De esta manera, se recurre a distintas perspectivas a partir de las cuales poder abordar la identidad latinoamericana. Entre ellas (1) la reivindicación de las raíces indígenas, las cuales habían sido desplazadas por ideas neoliberales, instrumentales y

religiosas; (2) la influencia de la religión católica y el sincretismo con otras expresiones culturales precolombinas; y (3) el enfoque postmodernista que rechaza la idea de una cultura totalizante e inmutable sin posibilidad de cambio y transformación.

Estas etapas dan cuenta de un continuo cuestionamiento en torno a la construcción de la identidad cultural latinoamericana. Interesa en este punto rescatar las palabras de Larraín: “es difícil aceptar que la identidad cultural latinoamericana se fijó de una vez para siempre en el siglo XVI (...) Como si la identidad cultural fuera una esencia inmutable que tuviera un certificado de nacimiento.” (1994, p. 56). En otras palabras, al abordar la cuestión cultural en América Latina, algunos autores como Canclini (2002) y Larraín (1994), niegan la existencia de unicidad cultural a lo largo del territorio, así como también la idea de una esencia cultural fija. Lo que destaca de la identidad cultural latinoamericana es su diversidad, su sincretismo. En estos términos la cuestión cultural pasa a ser entendida como un proyecto de búsqueda y construcción constante a partir del reconocimiento a la diversidad cultural, evitando caer en un pensamiento identitario excluyente y selectivo.

Adicionalmente a las etapas históricas anteriores, Ribeiro (1969) propone una clasificación de la población de América Latina en tres categorías: (1) pueblos testimonio, (2) pueblos nuevos y (3) pueblos transplantados. Respecto de la primera, hace referencia a las civilizaciones precolombinas que habitaron América Latina, entre ellos Incas, Mayas, Aztecas y pueblos indígenas menores; se los considera pueblos que ante de la llegada y expansión de Europa fueron despojados de su historia, sufriendo un proceso violento de transformación de su vida cultural. Se entiende por pueblos nuevos a aquellos que surgieron del sincretismo y fusión de culturas africanas, europeas e indígenas; se las considera que conforman etnicidades nuevas distintas a las de su origen. La llegada de esclavos a América Latina tuvo un papel preponderante en esta conjunción, con una gran influencia en las poblaciones de brasileños, colombianos, población de El Caribe y venezolanos. Mientras que en países como Chile, Paraguay, Perú y Ecuador encontramos una fuerte ascendencia indígena. Finalmente, los pueblos transplantados corresponden a aquellos inmigrantes que llegaron de las naciones europeas al continente con el objetivo de buscar una mejor calidad de vida, pero trasladando su identidad cultural de origen a distintas latitudes de América Latina. Casos paradigmáticos donde se asentó esta población son Uruguay y Argentina. En ambos países, la inmigración europea se fomentó como medio de ‘limpieza’ y sustitución de la población nueva (mestiza). La idea central radicaba en la construcción de naciones cimentadas en el progreso, modernización y poblamiento de vastas extensiones territoriales consideradas como vacías y desérticas. Muchas de estas colectividades se dedicaron a las actividades agrícolas, entre ellas galeses, italianos, alemanes, Colonias judías, entre otras.

Canclini (2002) sostiene que para comprender el significado cultural de lo que es ser latinoamericano es preciso no solo entenderlo desde la dimensión histórica de la llegada y conformación de distintas poblaciones, sino que también de la influencia de los migrantes latinoamericanos a otros países fuera del territorio.

Siempre la latinoamericanidad fue una construcción híbrida, en la que confluyeron contribuciones de los países mediterráneos de Europa, lo indígena

americano y las migraciones africanas. Esas fusiones constitutivas se amplían ahora interactuando con el mundo angloparlante: lo demuestra la voluminosa presencia de migrantes y productos culturales latinos en EEUU. (Canclini, 2002, p. 69).

De este modo, la identidad latinoamericana es un proyecto inacabado, una tarea y una meta que se va configurando a partir de su inserción en nuevos contextos locales, regionales y globales y en el marco de nuevos estilos de vida.

## **La identidad cultural a partir del proceso de modernización y globalización**

Existe otro punto de análisis dentro de la cultura de lo latinoamericano y es su relación con la modernidad. Para Larraín (1997) la modernidad llega al continente a partir de la llegada de los europeos y es adoptada a través de la cultura y lo ideológico bajo la concepción de libertad, de la democracia, la igualdad, la ciencia y la educación laica, pero con casi nula implementación en las instituciones políticas y económicas, donde prevalecía la exclusión y opresión de grupos indígenas y afrodescendientes. En la actualidad, es posible observar la réplica de prácticas de segregación espacial y social, en tanto los barrios más pobres y marginados de algunas ciudades de América Latina se asientan poblaciones negras, mestizas, mulatas e indígenas<sup>5</sup>. En resumen, la modernidad constituye un aspecto sustancial en el proceso de construcción cultural de América Latina. Lo moderno no implica, como se dijo anteriormente, entender la identidad como algo constituido para siempre y tampoco la adopción de otras identidades ajenas.

En función de este marco, es donde interviene el proceso de globalización. Arroyave (2018) y Terkenli (2002) definen a la globalización como un proceso multidimensional, en tanto involucra aspectos sociales, culturales, históricos, económicos y políticos, que inciden y renegocian permanentemente el territorio y las relaciones sociales. Como resultado se da lugar a la territorialización de fuerzas globales. Territorialización que no es uniforme y que se materializa en una doble vertiente. Por un lado, algunas investigaciones hacen hincapié en una tendencia a la homogeneización de los territorios, procesos que inciden en la eliminación de barreras geográficas y culturales, la compresión del espacio por el tiempo y la propagación de patrones estandarizados de consumo que tienen consecuencia directa, para algunos autores (Terkenli, 2002), en la destrucción cultural y en la preeminencia de una única cultura hegemónica. Bajo esta visión, lo particular de las identidades culturales se diluye, se pierden los lazos territoriales e impera la falta de sentido de lugar. Por el otro, investigadores como Arroyave (2018) y Meethan (2014) plantean

---

<sup>5</sup> Algunos de los casos que se tratarán en capítulos posteriores demuestran este hecho. Un claro ejemplo es el desplazamiento de poblaciones afro del centro histórico de Cartagena de Indias con el objetivo de embellecer y condicionar la ciudad para la llegada de turistas internacionales. (Ver Capítulo 7)

que la globalización actúa como mediadora en la reivindicación, la resignificación y la revalorización de aspectos simbólicos, culturales e identitarios locales. En este sentido, para estos autores, la globalización entiende la coexistencia de procesos de universalización de lo particular (homogeneizadores) como de procesos de particularización de lo universal (heterogéneos).

Se sostiene que el turismo contemporáneo es resultado y consecuencia de la globalización. La movilidad y desplazamiento de grandes contingentes de turistas a lo largo y ancho del mundo es una de las razones. Actualmente existen muy pocos territorios que no sean turísticos. El turismo constituye un fenómeno que fue introducido mundialmente en los espacios geográficos a partir de las decisiones de los estados y de grandes empresas internacionales. Dentro de las investigaciones turísticas se replican los debates acerca de si el turismo actúa o no como un fenómeno que lleva a la homogeneización de culturas.

Trasladando esta reflexión a la identidad cultural latinoamericana, se puede observar cómo se inserta el proceso de globalización en el territorio a partir de esta doble visión: por un lado homogeneizando e introduciendo ciertos patrones culturales muchos de los cuales provienen de identidades occidentales, sean europeas y estadounidense (por ejemplo el establecimiento de hoteles de cadenas internacionales o de restaurantes de comidas rápidas como McDonalds); y por el otro, defendiendo lo particular de las identidades que se encuentran en América Latina. De esta manera, se puede afirmar que la globalización ha tenido un impacto en la identidad cultural de América Latina, por lo que se hace necesario analizar cómo esta identidad entra en diálogo con procesos sociales y culturales de otros lugares del mundo.

En resumen, la identidad latinoamericana pasa a ser percibida como una cultura híbrida y en constante transformación como consecuencia de aspectos y procesos en distintas escalas. A modo de reflexión, resulta interesante indagar sobre cómo los movimientos culturales, étnicos e identitarios de América Latina articulan sus reclamos locales con una mirada mundial en la búsqueda de una gestión cultural sostenible e inclusiva.

## **Reflexiones en torno a la relación cultura y turismo en América Latina**

Retomando el concepto de cultura, cada grupo humano genera su propia identidad en base a un sistema de valores, creencias y formas de organización de la vida social. Como se ha desarrollado anteriormente, el proceso de globalización ha conllevado a revisar el concepto de cultura y su definición en tanto “las identidades y los sentimientos de pertenencia se forman con recursos material y simbólicos de origen local, nacional y transnacional” (Fuller, 2009, p. 94). Esto conlleva una nueva forma de construcción de identidades, la cual se encuentra mediada por procesos de hibridación donde convergen múltiples sentidos culturales de distintas partes del mundo. Así, un argentino ya no solo se podrá sentir identificado con aspectos culturales propios de su nación sino de otros países, lugares y destinos que haya apropiado simbólicamente e incorporado a su estilo de vida.

Una de las principales motivaciones de los turistas en los viajes hacia lugares remotos y distantes, es el contacto con otras culturas, tradiciones y costumbres. De esta manera, la cultura se transforma en objeto de observación y consumo turístico. Este proceso de valorización turística del patrimonio cultural de un destino resulta en una alteración y transformación de los aspectos culturales de la sociedad residente, los cuales buscan ser adaptados a la demanda turística en función de sus intereses y deseos. Así, la globalización supone, para algunos autores, una transfiguración de la vida cultural de los territorios donde tiene lugar la práctica turística. Muchos investigadores entienden al turismo como un aspecto que amenaza y socava la integridad cultural de los territorios, convirtiéndolas en objeto de consumo y espectáculo. Escenificando tradiciones, costumbres y estilos de vida percibidos como exóticos para los turistas.

Se habla así de un proceso de comercialización y mercantilización de la cultura, en la cual expresiones culturales son modificadas con el objeto de transformarlas en bienes de consumo masivo. Según Fuller, bajo estos preceptos, el turismo termina por transformar la cultura de la sociedad residente en una experiencia exótica a partir de “analizar y estandarizar artes, tradiciones y estilos generando una cultura bastarda” (2009, p. 98). Si bien el turismo puede constituir un medio para la recuperación, revitalización y conservación de elementos culturales, es preciso resaltar que muchas veces el fenómeno turístico no interviene para preservarlos y salvaguardarlos, sino que su conservación tiene un sentido puramente comercial centrado en la obtención de beneficios económicos. Esto suele suceder en destinos de El Caribe, tales como los centros históricos coloniales que preservan su patrimonio material y arquitectónico a partir del establecimiento de alojamientos y comercios que prestan servicios al turista, pero que al mismo tiempo desplazan totalmente la vida cotidiana y tejido social de las poblaciones que originalmente residían en estos espacios.

Por otro lado, el papel que juegan los imaginarios turísticos dentro de la definición de expresiones culturales en los destinos de América Latina es central. A partir de la mirada del turista, la cultura de los territorios pasa a estar mediada por preconceptos, imágenes, creencias y valorizaciones de la sociedad de origen, lo cual confiere a la sociedad residente de una serie de estereotipos. A modo de ejemplo, podemos citar a El Caribe. Cuando se realiza una simple búsqueda de imágenes en cualquier buscador como Google, de la palabra Caribe, se puede observar que las fotografías e imágenes predominantes se vinculan a un espacio de playa, balneario, donde destacan palmeras, aguas cristalinas y arena blanca; en algunas de ellas incluso aparecen instalaciones turísticas como hoteles o grandes cruceros. Ahora bien, esta constituye una concepción estereotipada de El Caribe, asociada exclusivamente al turismo de sol y playa. Pero hay que preguntarse ¿no hay lugar para los residentes junto con sus expresiones culturales en estas imágenes? ¿no hay sociedad que habite este espacio? Parece que solo fuera un lugar prístino, no habitado, un paraíso solo para los deseos de los turistas. Algo similar y donde se introduce el exotismo sucede en otros destinos, como es el caso de San Basilio de Palenque<sup>6</sup> en Colombia.

---

<sup>6</sup> Palenque es el primer pueblo libre de América colonial, un lugar a donde los esclavos africanos se escapaban de Cartagena de Indias para vivir sin la dominación de la corona española.

Lacarrieu (2016) sostiene que existe una espectacularización de las mujeres palenqueras (ver imagen Nro 3) por medio de una mirada occidental y representación visual y discursiva del afuera, es decir, de los turistas y agentes económicos que intervienen en la cadena de valor del turismo. La autora retoma la frase del documental “El vestier. La Changaina ri Palenque”

(...) las mujeres, nuestras madres, no se visten así, con esos colores. Esto es para vender. Esto no es de nuestro país. Se escudan en el vestido para hacer creer, pero no necesitamos disfrazarnos para ser palenqueras. Este vestido fue adoptado por los blancos para los negros (introduciendo la idea de autotonidad como el camino virtuoso al ser y sentirse palenquera). (2016, p. 128)

En este caso puntual y en muchos de los destinos vinculados a la conquista europea, el patrimonio cultural se encuentra arraigado a la representación colonial que continúa replicando en la organización social criterios racistas y de segregación. Así, el encuentro entre turistas y sociedad residente termina siendo reducido a un papel estereotipado y actuado.



**Imagen 3: Palenqueras en Cartagena de Indias**

Fuente: [Imagen extraída de https://www.flickr.com/photos/oneeighteen/39119022864/](https://www.flickr.com/photos/oneeighteen/39119022864/)

En varios de los destinos de América Latina, tiene lugar una fragmentación del territorio. Hernández (2017) destaca la existencia de dos territorios, por un lado, el turístico, aquel paisaje moderno donde se ubican las instalaciones de los servicios turísticos, un espacio asociado al crecimiento económico; y por otro el no turístico, vinculado a la realidad pobre y de exclusión de América Latina, donde no hay lugar para el desarrollo y el crecimiento económico, un lugar postergado. Este escenario es resultado de las políticas impulsadas por los gobiernos con el objetivo de atraer inversiones extranjeras centralizadas solamente en aquel territorio turístico que compite por la llegada de turistas.

Ante la inserción de un nuevo contexto global en los territorios, se hace necesario entender aún más los procesos de hibridación en el turismo. A partir de los cuales “las personas reelaboran los elementos de la cultura local, negociándolos con los eventos de la cultura global que traen los turistas, sin encerrarse en la tradición, pero sin dejarse seducir totalmente por la globalización” (Barreto y Otamendi, 2010, p. 12) En América Latina esto se traduce en vínculo y la convivencia entre lo precolombino y la colonización, la inmigración, lo moderno y lo posmoderno.

A modo de resumen, se sostiene que el turismo produce un proceso de resignificación y de territorialización de las culturas existentes América Latina. En algunos casos permite la preservación y difusión de las expresiones culturales, sin embargo, en otros actúa como un proceso banalizador que degrada y termina por diluir lo particular de estos territorios. De igual manera, la cultura de los pueblos latinoamericanos se configura como una mercancía destinada al consumo turístico. En este marco, es preciso gestionar las experiencias culturales en el turismo desde un enfoque sostenible e inclusivo, en el cual los beneficiarios no solo sean el sector privado sino los mismos pobladores que habitan en el destino. Puntualmente, en América Latina su historia ha configurado un modo particular de organización y tejido social excluyente de grupos culturales minoritarios o considerados ‘atrasados’ por una visión centralizada en la colonización y en la mirada europea. El turismo continúa replicando esta visión cultural etnocéntrica en la búsqueda de experiencias que permitan el contacto con las culturas romantizadas por la mirada del turista, entendidas como expresiones estáticas, puras y fijas en el espacio geográfico. Culturas pasivas que no tienen una transformación en el tiempo que se encuentran signadas a lo que los turistas requieren de ellas para satisfacer sus necesidades de curiosidad y exotismo.

Finalmente, se considera prioritario reflexionar sobre la situación actual de la relación entre turismo y cultura en América Latina con el objetivo de llevar adelante proyectos e iniciativas que empoderen a los pueblos y comunidades originarias, permitiendo la gestión del turismo en los territorios desde sus propias cosmovisiones y saberes. Ahora bien, se introducen las siguientes preguntas: ¿Cómo interviene el turismo en el proceso de construcción de identidades culturales en América Latina? ¿Se puede considerar, en estos tiempos globales, a la cultura de de Latinoamérica como una cultura auténtica? ¿Qué aspectos de identidad cultural latinoamericana son los que predominan en el discurso turístico de promoción? ¿Esto implica inclusión y/o exclusión de otras identidades?

## Referencias

- Arroyave, E. A. M. (2018). Procesos de territorialización de la globalización a través del turismo. Análisis de las relaciones global-local que promueve este fenómeno. *El Ágora USB*, 18(2), 557-572.
- Barretto, M. (2010). Turismo, reflexividad y procesos de hibridación cultural en América del Sur. *Austral. Asociación Canaria de Antropología. El Sauzal, Tenerife.*
- Canclini, N. G. (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós.

- CEPAL (2019). Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe. (LC/PUB.2020/2-P), Santiago, 2020.
- Fuller, N. (2009). Turismo y cultura: Entre el entusiasmo y el recelo (versión actualizada). Lima, Perú: PUCP.
- García Márquez, G. (1982). La soledad de América latina. "Patrimonio": *Economía Cultural y Educación para la Paz (MEC-EDUPAZ)*, 2(6), 242-250.
- Hernández, F. M. (2017). Turismo y culturas originarias en América Latina. *Universidad Nacional de Misiones. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Secretaría de Investigación y Posgrado. Programa de Postgrado en Antropología Social. (junio 2012). Avá Revista de Antropología. Posadas: Secretaría de Investigación y Posgrado. 1 (20). Disponible en: <http://www.ava.unam.edu.ar/images/20/pdf/n20a07.pdf>.*
- Lacarrière, M. B. (2016). La alteridad y el exotismo en clave patrimonial turística. Aportaciones de la antropología.
- Larraín, J. (1994). La identidad latinoamericana: teoría e historia. *Estudios públicos*, (55).
- Larraín, J. (1997). Modernidad e identidad en América Latina. *Revista Universum*, 12, 13-23.
- Meethan, K. (2014). Mobilities, Ethnicity, and Tourism. *The Wiley Blackwell Companion to Tourism*, 240-250.
- Ribeiro, D. (1969). Las Américas y la civilización. Buenos Aires, *centro Editor de América Latina*.
- Terkenli, T. S. (2002). Landscapes of tourism: towards a global cultural economy of space? *Tourism Geographies*, 4(3), 227-254.